

**Oh Dios, santa y eterna Trinidad,
 oramos por tu Iglesia en todo el mundo.
 Santifica su vida; renueva su culto;
 fortalece su testimonio; cura sus divisiones;
 haz visible su unidad.**
**Condúcenos, junto con todos nuestros hermanos y hermanas,
 hacia la comunión en la fe, la vida y el testimonio
 para que, unidos en un solo cuerpo por el único Espíritu,
 demos testimonio de la perfecta unidad de tu amor..
 Amén ⁱ**

Una perspectiva del pasado

Mary Tanner

No tengo palabras para expresar mi gratitud por la invitación de participar nuevamente en Fe y Constitución, que ha sido una parte tan importante de mi vida durante casi 40 años, de estar junto a tantos amigos queridos con los que he recorrido ese camino, de los que deseo mencionar, en particular, a quien fuera mi colega como vicemoderador de la Comisión de Fe y Constitución, Su Toda Santidad Bartolomé, y de estar aquí, en esta Academia tan especial de Creta, que ha sido tan hospitalaria con Fe y Constitución a lo largo de los años. Pero al mismo tiempo que agradezco a ustedes este presente, no puedo menos que recordar al obispo Oliver Tomkins, director fundador y ex moderador de la Comisión, quien, cuando fue invitado a participar en la reunión de la Comisión Plenaria que se celebró en Noruega, en 1985, comenzó su alocución diciendo que consideraba su papel como “¡un ejercicio de veneración de reliquias!” Y ciertamente actualmente debo tener derecho a que se me considere, con el querido obispo Oliver, una reliquia del pasado. Pero reliquia o no, estoy encantada de estar aquí y de participar en una reunión que, si estamos abiertos a la orientación del Espíritu Santo, tengo la impresión de que puede ser el comienzo de una nueva fase de la historia de Fe y Constitución, no sólo para quienes estamos aquí, sino para la comunidad de iglesias del CMI, y para todo el movimiento ecuménico.

Fue en Creta, en 1984, cuando, inspirado por la historia de Pablo y de los mares y vientos de Creta, nuestro moderador, John Deschner, habló de echar un ancla y de ir hacia ella. Nos dijo que nuestra ancla era la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución. Durante los años siguientes, nuestros trabajos estarían orientados y atraídos por esa ancla. ⁱⁱ Estando una vez más en Creta, quizás hemos de echar un ancla a la que nos dirigiremos durante los próximos años. Puede que el ancla sea otra Conferencia Mundial en los próximos 10 años - 15 años después de la Quinta Conferencia Mundial de Santiago. O quizás habrá que echar el ancla hacia 2027, para el centenario de la Primera Conferencia Mundial que se celebró en Lausana. Pero me estoy alejando de lo que quiero decir.

Cuando el Director de Fe y Constitución me invitó a hablar me pidió **tres cosas**: que reflexione, primeramente, acerca de cómo hemos llegado hasta aquí; a continuación sobre el aporte de Fe y Constitución; y, por último, acerca de hacia dónde debemos ir de aquí en adelante.

I ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Al leer los informes desde los de Edimburgo en 1910 hasta las últimas actas de la Comisión, me llamó la atención el irresistible sentido de profunda espiritualidad de Fe y Constitución desde sus comienzos hasta el presente. En una conferencia misionera en 1910, los anglicanos celebraban diariamente la eucaristía, y, en uno de esos servicios, el obispo Charles Brent de Filipinas, presentó la idea de que se organizara una conferencia mundial sobre fe y constitución para comenzar a examinar con toda llaneza los puntos de acuerdo y de divergencia. Concebida en un espacio de oración, la labor de Fe y Constitución ha estado fundamentada desde entonces en la oración. Las sesiones de la Primera Conferencia Mundial en 1927 estaban sustentadas por la oración y recuerdo cuando, en la reunión de Lima, el Moderador Nikos Nissiotis preguntó a la Comisión si consideraba que el documento sobre *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* estaba suficientemente ‘maduro’ como para transmitirlo a las iglesias. Todos levantaron las manos dando su acuerdo y se pusieron de pie en silencio, dando gracias a Dios por haber llegado a ese momento especial en el movimiento ecuménico. Creo que ninguno de nosotros podía saber entonces cuán importante habría de ser ese texto. Recuerdo además cómo, en los años de la década de 1990, la Comisión oró en el camino hacia la Quinta Conferencia Mundial celebrada en Santiago de Compostela diciendo la oración con la que he comenzado mi alocución hoy, y cuán a menudo los participantes recuerdan la experiencia de estar juntos en aquella ciudad de peregrinación en un espíritu de atenta espera juntos de lo que Dios habría de decirnos. Es difícil leer las páginas de la historia de Fe y Constitución sin sentirse embargado de una profunda espiritualidad, arraigada en la oración, que se refleja en la amistad y en una experiencia de comunión que inspira el compromiso con la unidad. Fe y Constitución no es un árido ejercicio académico de producción de textos de compromiso inteligente, por más que lo digan algunas de las críticas.

Escuchemos este pasaje del llamamiento a la unidad de Lausana:

Dios quiere la unidad... nuestro deseo es someter nuestras voluntades a la suya...el Espíritu de Dios ha estado en medio de nosotros...Su presencia ha sido manifiesta en nuestro culto, nuestras deliberaciones y en toda la comunidad que formamos. Él nos ha hecho descubrir unos a otros. Hemos osado y Dios ha justificado nuestra osadía. Ya no podemos volver a ser los mismos.ⁱⁱⁱ

Así pues, en realidad, la respuesta a la pregunta - ¿Cómo llegamos hasta aquí? – es: por la gracia de Dios, por el viento del Espíritu que sopla en las velas de Fe y Constitución.

La inspiración de la decisión de celebrar la Primera Conferencia Mundial tuvo lugar en un momento de oración. En cada texto que escribió el obispo Brent entre 1910 y 1927 para convencer a los otros de la necesidad de estudiar temas de fe y constitución, escribió en griego y en latín - ‘que todos sean uno, para que el mundo crea’. La razón de ser del movimiento de fe y constitución era y sigue siendo, la unidad por el amor de Dios y por el bien del mundo, en obediencia a la oración de Cristo. Su programa es estudiar y encontrar convergencias en ámbitos que son causa de división. La búsqueda de un acuerdo en la fe que sea ‘suficiente y necesario’ para la unidad, y la búsqueda paciente, en palabras de Oliver Tomkins, de un “cuadro” consensuado de la unidad que busquemos, o, más bien, como diríamos hoy, de la unidad que es don de Dios y nuestra vocación, están en el centro de nuestro empeño.

Dos años antes de la Primera Conferencia Mundial, el movimiento de Vida y Acción se reunió en una Conferencia Mundial en Estocolmo. Había quienes, y pienso que aún los hay, estaban convencidos de que la forma de reunir a los cristianos es la cooperación en cuestiones sociales, laborales y políticas, aunque existan divergencias en cuestiones de fe y constitución. ‘El servicio

une, pero la doctrina divide' fue el lema que circulaba y que de poco nos ha servido. Afortunadamente, los dos movimientos se unieron formando el Consejo Mundial de Iglesias, en 1948, al que más tarde, en los años de la década de 1960, se unió el movimiento misionero, constituyendo el contexto idóneo y potencialmente enriquecedor en el que el programa de fe y constitución podía prosperar.

En su Constitución el principal objetivo de la comunidad de iglesias que forman el CMI es: "exhortarse unas a otras a alcanzar la unidad visible en una sola fe y una sola comunión eucarística, expresada en el culto y la vida común en Cristo".

En los Estatutos de Fe y Constitución, se dispone que:

El objetivo de Fe y Constitución es proclamar la unidad de la Iglesia de Jesucristo y exhortar a las iglesias a alcanzar el objetivo de la unidad visible en una sola fe y en una sola comunión eucarística expresada en el culto y en la vida común en Cristo para que el mundo creav.

Así pues, podríamos decir que el cometido de la Comisión de Fe y Constitución es ser la "conciencia" del Consejo – velar por que su labor esté centrada en su tarea principal – 'exhortar a las iglesias a alcanzar el objetivo de la unidad visible', o como otros lo expresan: ser el 'siervo' del Consejo. Cuando decimos que Fe y Constitución es 'la conciencia y el siervo' del Consejo eso no significa que es la conciencia de una institución burocrática de Ginebra. Sería una mala interpretación de lo que es el CMI. El Consejo Mundial de Iglesias es una comunidad de iglesias, que se necesitan, a cuyo servicio existe una estructura organizativa en Ginebra. Hablar del Consejo Mundial es hablar de las propias iglesias, y no de una entidad aparte contrapuesta a las iglesias. Así pues, Fe y Constitución es 'la conciencia' de nuestras iglesias que vela por que no se aparten del objetivo de la unidad y un 'siervo' que las ayuda a comprender las cuestiones que continúan siendo causa de división. Sólo tendremos éxito en la tarea que se nos ha confiado si somos una Comisión que sabe escuchar. Tenemos que escuchar al movimiento de Fe y Constitución más amplio fuera de la Comisión, y sobre todo estar atentos a las conversaciones bilaterales. Tenemos que escuchar lo que nos dicen las otras corrientes del movimiento ecuménico en el Consejo Mundial. Y debemos escuchar las respuestas que dan las iglesias a nuestros trabajos. Como dijo William Temple 'la autoridad que tenga Fe y Constitución será la influencia que tenga sobre las iglesias gracias a su sabiduría. Las 'conversaciones transformadoras' deben ser el auténtico sello de nuestro estilo de trabajo en la Comisión, con las otras corrientes del empeño ecuménico, y con las iglesias.

Qué bueno sería si dispusiéramos de océanos de tiempo para viajar desde Lausana, pasando por Edimburgo, Lund, Montreal, Santiago, hasta llegar aquí a Creta, así como tiempo para reflexionar sobre los valiosos recursos que nos proporcionan los documentos y para conversar con algunos de los gigantes de la peregrinación de Fe y Constitución: Charles Brent, William Temple, Patriarch Athenagoras, Nikos Nissiotis, Letty Russell, Peggy Way, Christian Howard, Max Thurian, Jean Tillard, Desmond Tutu, Wolfhart Pannenburg, Kirill joven, Bartolomé joven y Benedicto joven. Lo personal y lo relacional son esenciales para el trabajo de Fe y Constitución y fundamentales para nuestra comprensión de la naturaleza de la comunión de la Iglesia. Desearía que tuviéramos en cuenta cómo se ha ampliado la comunidad en torno a nuestra mesa: hay más tradiciones eclesiales, incluida la Iglesia Católica Romana después del Concilio Vaticano II; existe un cambio de orientación del Norte al Sur; y una representación más justa de las mujeres. Cada nueva presencia en torno a la mesa ha aportado nuevas perspectivas y profundidad a nuestro trabajo. Abramos un espacio para oír nuevas voces en torno a la mesa aquí, y para aprender de nuestros teólogos más jóvenes, que no están aquí como simples receptores pasivos. Los teólogos jóvenes suelen percibir lo más importante de nuestros debates, suelen ser los más apasionados

con nuestro empeño, y suelen hacer las observaciones más constructivas de cara al futuro. Vuelvan a leer la carta que escribieron desde Santiago o, más recientemente, desde Kuala Lumpur^v. He de pasar ahora a dar una respuesta a la segunda pregunta que me hizo John.

II. ¿En qué medida hemos sido fieles y qué hemos logrado?

i) Ámbitos de divergencia

Examinemos **en primer lugar** hasta qué punto hemos tenido éxito en nuestros esfuerzos para con las cuestiones que son causa de división. El programa fue establecido en 1927, y la mayor parte de nuestros trabajos desde entonces han sido una continuación de lo que se comenzó en Lausana, sobre la naturaleza de la Iglesia, la confesión común de la fe, el ministerio, los sacramentos, las estructuras de autoridad, la naturaleza de la Iglesia y el llamamiento a la unidad^{vi}. Las conversaciones en torno a la mesa aplicaron primeramente un método comparativo, según el cual cada iglesia explicó su propio entendimiento y su práctica a los otros. Esto fue pertinente por el hecho de que las iglesias venían de una situación de aislamiento y empezaban a conocerse unas a otras. En Lausana se habían logrado algunos avances muy importantes en relación con el entendimiento, sobre todo, aunque pueda sorprendernos, en el marco de los fructíferos debates sobre el episcopado, los consejos de presbíteros y los consejos de los fieles, estando la mayoría de acuerdo en que todos deben tener un lugar en la iglesia reunificada.

En la Tercera Conferencia Mundial de Lund, en 1952, se propuso abandonar el método teológico de escuchar y analizar las diferentes creencias de las diversas iglesias, o sea, el método comparativo, para centrarse en las convicciones comunes que las sustentan. El avance fue posible gracias a los progresos en la investigación bíblica, al renovado interés en el período patrístico, así como a la contribución del movimiento litúrgico. La Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución en Montreal, en 1963, ayudó a las iglesias a comprender que de la Tradición una (con T mayúscula) se da testimonio de forma normativa en las Escrituras y es transmitida, por el Espíritu Santo, a las tradiciones de cada una de las iglesias y por medio de esas tradiciones^{vii}. Las iglesias pudieron superar la antigua división entre quienes sostenían que todo ya está en las Escrituras, *sola scriptura*, y los que buscan orientación tanto en las Escrituras como en la Tradición. De esa manera se abrió la posibilidad de que Fe y Constitución pasara del método comparativo al método de consenso y convergencia. Los teólogos de muy diferentes tradiciones descubrieron que era posible volver juntos a la Escritura, a la Tradición común de la Iglesia indivisa de los primeros tiempos, examinar las tradiciones de las iglesias por separado y reformular juntos, de forma renovada, la fe común para el día de hoy. En esa empresa, se ayudó a algunas iglesias a dejar de lado algo de su pesado bagaje denominacional. De esta forma se abrió la posibilidad de elaborar un nuevo tipo de declaración ecuménica consensuada, la declaración de consenso y convergencia.

Últimamente me he estado preguntando acerca de la nueva orientación que tomó Fe y Constitución en los años de la década de 1960. Ese cambio hacia la metodología de convergencia ¿significa que hemos dejado atrás el método comparativo sin darnos cuenta de su valor y de la particular contribución que aún puede aportar? El último impulso alentador de lo que se ha llamado ‘ecumenismo receptivo’ se basa en gran medida en el método comparativo en lugar de hacerlo en el método de convergencia^{viii}. Pero dejemos sin respuesta esta pregunta a la que he de volver más adelante.

En los años de la década de 1970, la Comisión formuló **tres requisitos** necesarias para la unidad visible de la Iglesia: **la confesión común de la fe apostólica, los sacramentos y el ministerio en común, y las formas de decidir juntos y de enseñar con autoridad**^{ix}. Ya he recordado el extraordinario momento vivido en Lima, cuando la Comisión convino en que el documento de convergencia: **Bautismo, Eucaristía y Ministerio** estaba “lo suficientemente maduro como

para ser enviado a las iglesias^{xx}. Sin embargo, lo importante no era simplemente la madurez de la convergencia teológica sobre los sacramentos y el ministerio expresada en el documento BEM, sino también el excelente cuestionario destinado a las iglesias que se adjuntaba al documento. Las preguntas planteaban si las iglesias podían reconocer en el texto ‘la fe de la Iglesia a través de los tiempos’. Se invitó a las iglesias a que, si podían hacerlo, examinaran las consecuencias que podía tener ese reconocimiento para su culto, su vida espiritual y ética, y su enseñanza y testimonio, así como las reformas que deberían efectuar. También se les pidió que examinaran cuán estrechas podían ser las relaciones con quienes también reconocían en el documento BEM ‘la fe de la Iglesia’. Así pues, tras publicar el documento BEM, la Comisión se dio como tarea comprometer a las iglesias ‘al nivel más alto de autoridad’ en el marco de conversaciones transformadoras, e interpelarlas para que pasen de la convergencia en la fe a la convergencia en la vida, y se comprometan con la recepción del BEM. Las conversaciones tuvieron lugar efectivamente: seis volúmenes de respuestas dan testimonio de ello. Y Fe y Constitución preparó una respuesta a las respuestas^{xi}. Algunas iglesias emprendieron reformas como reflejo del documento BEM y se forjaron nuevas relaciones utilizando los elementos esenciales del BEM. Por supuesto, hubiéramos deseado que más iglesias participaran en las conversaciones y que se lograran más acuerdos de comunión más estrecha basados en el BEM. Sin embargo, lo que había ocurrido era nada menos que uno de los milagros del movimiento ecuménico.

Es hora de volver a examinar otro de los requisitos para la unidad: **la confesión común de la fe apostólica**. Pero ¿cómo hemos de abordarlo? En 1927, la Conferencia Mundial había hablado de ‘la fe cristiana proclamada en las Sagradas Escrituras y testificada y salvaguardada en el credo ecuménico, llamado comúnmente el Credo Niceno, y en el Credo de los Apóstoles, cuya fe se ve constantemente confirmada por la experiencia espiritual de la Iglesia^{xii}. La Comisión consideró el Credo Niceno-constantinopolitano como un prisma a través del cual podía mirar hacia atrás a la fe arraigada en las Escrituras, y luego examinar, a la luz de esa fe, los desafíos actuales a la fe en los diferentes contextos culturales y eclesiales. Gracias a ese examen, la Comisión pudo ofrecer una explicación de la fe^{xiii}. El objetivo nunca fue obligar a todos a decir las palabras del Credo, sino, por el contrario, de forma mucho más imaginativa, a ayudarnos a reconocer y a confesar juntos, con nuestras palabras y nuestra vida, ‘la fe de la Iglesia a través de los tiempos’. Existía una esperanza romántica de que nuestros dirigentes pudieran reunirse en Jerusalén para cantar juntos nuestra fe común centrada en el Credo como símbolo de nuestra unidad en la fe.

Quizás las iglesias estén soportando actualmente una sobrecarga de tareas ecuménicas –responder en profundidad al BEM, así como a las muchas declaraciones de acuerdo bilaterales que se han publicado. O quizás se trate de una falta de imaginación, una incapacidad de comprender el dinamismo y el potencial del estudio sobre la fe apostólica. Lamentablemente, lo que podría haber sido un texto fundamental para la propia comunidad de iglesias del Consejo Mundial nunca mereció la atención de que fue objeto el documento BEM. Me felicito de que se haya vuelto a publicar últimamente. Sería un excelente documento de base para la planificación de una asamblea del CMI.

Aunque ya en los primeros años de la década de 1970 se haya comenzado a estudiar el tercer requisito de la unidad visible, o sea, **las formas en común de decidir y de enseñar con autoridad**, los trabajos nunca lograron la madurez de los otros dos temas de estudio^{xiv}. Fue decepcionante para mí cuando fui moderadora no haber logrado que la Comisión realizara una labor de fondo sobre este tercer requisito^{xv}. Sin embargo, un breve examen de los documentos de Fe y Constitución pone en evidencia que contienen una documentación importante que puede servir de base para ese estudio. Me alegro de que Fe y Constitución se esté ocupando actualmente de ese tema. No se trata sólo de que esta cuestión es uno de los tres requisitos para la unidad visible, sino de que ha adquirido una importancia especial actualmente, debido a que

todas nuestras iglesias están esforzándose por entender cómo decidir y discernir en común, y cómo enseñar con convicción cuando se ven enfrentadas con problemas, en particular las cuestiones morales, que ciernen una nueva amenaza de división.

Fue lo que ocurrió en los años de la década de 1970, o sea, cuando se decidió cambiar la textura y el espíritu de la labor de Fe y Constitución para infundirle la visión motivadora que la caracteriza. La Comisión se vio llevada cada vez más a participar en estudios en colaboración con otras partes del programa del Consejo, sobre racismo, sobre los discapacitados y sobre la comunidad de mujeres y hombres. Esos estudios tuvieron una profunda repercusión en todos los trabajos de Fe y Constitución y, en última instancia, en su visión de la unidad visible de la Iglesia. Para muchos de nosotros insuflaron nueva vida y credibilidad a nuestra labor. El programa de lucha contra el racismo durante los años de la década de 1970, por ejemplo, puso en evidencia claramente que, si la Iglesia habría de ser un ‘signo profético’ y un ‘instrumento eficaz’ en las luchas de este mundo, las iglesias no sólo tienen que superar las diferencias doctrinales sino todas las formas de *apartheid* y de discriminación en su propia vida. No se trataba de un programa secular, sino de un programa profundamente eclesiológico – un programa de unidad y de misión. Las divisiones en la comunidad de la Iglesia suelen verse reforzadas por el idioma, la práctica litúrgica y la constitución de la Iglesia^{xvi}. Fe y Constitución comprendió que unidad y renovación no pueden separarse: se corresponden una con otra. Tenemos que ‘renovarnos juntos en unidad en lo más profundo del tejido de nuestras vidas’. La misma enseñanza recibimos del estudio sobre la Comunidad de mujeres y hombres en la iglesia^{xvii}. Lo que en un comienzo parecía ser una lucha de liberación de las mujeres, inspirado en el movimiento femenino secular, demostró ser una cuestión profundamente eclesiológica, con consecuencias para nuestra comprensión de Dios, de los hombres y las mujeres creados y redimidos a la imagen de Dios, nuestro lenguaje, los símbolos y las imágenes, nuestras formas de hacer teología, de celebrar los sacramentos, nuestro ministerio y nuestro ejercicio de la autoridad. Se trata de una cuestión eclesiológica. Del mismo modo, más recientemente, el programa sobre Justicia, paz e integridad de la creación indujo un nuevo pensamiento sobre la Iglesia como ‘comunidad moral’, y la unidad pasó a ser entendida como ‘unidad costosa’, y un ‘compromiso costoso’ juntos con el Evangelio^{xviii}. Los estudios sobre renovación aportaron percepciones que insuflaron una nueva vida a la comprensión de la unidad que Dios nos llama a vivir en el mundo y para el mundo. Uno de los pasajes que se cita más a menudo del documento BEM sirve de ilustración:

La celebración eucarística presupone la reconciliación y la participación con todos, mirados como hermanos y hermanas de la única familia de Dios ; viene a ser un reto constante en la búsqueda de relaciones normales en el seno de la vida social, económica y política ...Todas las formas de injusticia, racismo, separación y carencia de libertad aparecen como reto radical cuando compartimos el cuerpo y sangre de Cristo. (...)como partícipes de la eucaristía, pues, nos mostramos inconsecuentes si no participamos activamente en esa continua restauración de la situación del mundo y de la condición humana.^{xix}

La integración de esos estudios no fue fácil y se enfrentó a menudo con resistencias, pero esos estudios ayudaron a la Comisión a entender qué clase de Iglesia sería un ‘signo profético’ y un ‘instrumento eficaz’ en el mundo. Toda esa labor de relacionar la Iglesia con la comunidad humana, la Iglesia con el mundo, se reunió en un informe que lleva ese título^{xx}. Vale la pena seguir estudiándolo. Recuerdo la época tan apasionante de nuestro trabajo, cuando les leí esta observación de Michael Kinnamon: ‘Lo que más me encantó cuando comencé a trabajar en el CMI en 1980 fue que, para hacer justicia al Consejo, uno tenía que hablar del BEM y el PLR al mismo tiempo. El racismo, alegábamos, es una negación de la naturaleza misma de la Iglesia, mientras que la eucaristía es la fundación misma de la vocación de la Iglesia de justicia racial^{xxi}’.

Hay muchos otros estudios de Fe y Constitución que podrían utilizarse para responder a la segunda pregunta que me hizo John, ‘¿Qué hemos logrado?’, de los cuales el más importante son los trabajos sobre hermenéutica ecuménica y su visión de la Iglesia como dialógica, como comunidad hermenéutica. Lamentablemente, no tenemos tiempo para hablar de los trabajos sobre bautismo, comunidad conciliar, etnicidad, antropología y discernimiento moral, con su aguda interpelación a la eclesiología y a sus percepciones acerca de la clase de unidad que Dios nos pide. No tenemos tiempo para hablar de la evaluación periódica de los diálogos bilaterales en el foro bilateral^{xxii}. Es algo que merece más atención de cara al futuro de la que le hemos dado hasta ahora. No tenemos tiempo para hablar de nuestro acompañamiento a las iglesias unidas y en vías de unión, o de la elaboración de documentación para la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Fe y Constitución nunca ha sido negligente, aunque, a veces, haya emprendido demasiadas actividades al mismo tiempo y corrido el peligro de perder su centro de atención.

Podemos preguntarnos si hemos sido fieles al estudio de los temas que nos dividen. Cada uno de ustedes puede juzgar por sí mismo, pero yo pienso que la Comisión de Fe y Constitución puede estar orgullosa de su labor aunque aún se planteen preguntas: ¿acaso hemos avanzado demasiado rápido y dejado atrás los trabajos basados en el método comparativo?; ¿hemos pasado demasiado rápidamente del BEM al estudio de la fe apostólica?; ¿hemos avanzado demasiado lentamente en nuestros trabajos acerca del tercer requisito para la unidad visible?; ¿hemos descuidado a veces las percepciones de otras partes del programa del CMI que podrían enriquecer nuestro trabajo?; ¿hemos sido a veces demasiado protectores, y aparentemente arrogantes e introvertidos?; ¿hemos escuchado todas las voces en torno a la mesa con el mismo respeto?; ¿hemos sido suficientemente perseverantes de forma deliberada en las conversaciones con las iglesias?

ii) Unidad visible

Sin embargo, para responder de manera exhaustiva a la pregunta de John, ‘¿Qué hemos logrado?’, necesitamos volver a nuestro mandato, que nos exige mantener presente **el objetivo de la unidad visible** en la comunidad de iglesias, que centremos nuestros trabajos en el tipo de unidad que Dios nos pide. No se trata de un programa aparte del de las cuestiones de fe, de los sacramentos y del ministerio, que hemos estado examinando. Cada uno tiene algo que aportar a nuestro entendimiento de la clase de unidad que Dios nos pide. Recuerdo que, en nuestra reunión en Budapest, el metropolitano John Zizioulas aportó una gran ayuda al insistir en que todos los trabajos de Fe y Constitución debe estar relacionados implícitamente con la naturaleza de la Iglesia. Dificilmente puede haber un examen de los problemas que atañen a la unidad de la Iglesia sin una implícita, o explícita, referencia a la naturaleza de la Iglesia^{xxiii}.

Oliver Tomkins sugirió en Stavanger que una de las grandes contribuciones de Fe y Constitución ha sido la paciente búsqueda de un ‘cuadro’ consensuado de la naturaleza de la unidad que buscamos. Me felicito de que Oliver utilizara el término ‘cuadro’. Yo suelo utilizar el término ‘descripción’. No estamos hablando de adherirnos a un modelo de unidad: ‘unión orgánica’, ‘diversidad reconciliada’ o ‘unidos pero no absorbidos’. Proclamar la unidad de la Iglesia de Cristo, dijo Oliver, entraña responder a la pregunta: ‘¿Qué tipo de unidad pide Dios a su Iglesia?’. Y prosiguió diciendo que “el Consejo Mundial de Iglesias no puede permanecer indiferente en cuanto a que se dé una respuesta a esta pregunta o no”. No debemos dejar que los acontecimientos nos obliguen a adoptar como objetivo diversos tipos de cooperación cristiana. Si no encontramos la verdadera forma de unidad cristiana, nos contentaremos con formas de vida ecuménica organizativa que no atienden en absoluto a los requisitos centrales de la vida de la Iglesia^{xxiv}.

Fe y Constitución ha presentado en las asambleas del Consejo Mundial de Iglesias declaraciones sobre la unidad que creemos que Dios nos llama a vivir. Nueva Delhi, 1962, sigue siendo fuente de inspiración con su formulación en una frase que tiene la longitud y la complejidad paulinas. Se refiere a ‘todos en cada lugar’ unidos con ‘todos en todos los lugares’ y ‘en todas las épocas’, de modo que puedan actuar y hablar juntos según lo requiera la ocasión^{xxv}.

En 1991, Fe y Constitución formuló una declaración para la Asamblea de Canberra, “*La unidad de la Iglesia como koinonía: don y vocación*”, que reúne las percepciones de los estudios sobre renovación y los tres requisitos para la unidad. Destaca la rica diversidad que se corresponde con la unidad y hace un valiente intento de responder a la urgente cuestión de los límites de la diversidad^{xxvi}. La declaración más reciente de la Asamblea de Porto Alegre, que es ahora objeto de estudio por nuestra iglesias, *Llamadas a ser la Iglesia Una*, es importante pero no es excelente y contiene ambigüedades^{xxvii}. La *koinonía* de la Iglesia se expresa en la fe y en los sacramentos, en el ministerio reconciliado y en la vida en común, unidos en cada lugar gracias a la comunidad conciliar de las iglesias. Estas declaraciones de las asambleas, preparadas por Fe y Constitución, pero que expresan la influencia de las propias asambleas, han sido formas por las que Fe y Constitución ha permanecido fiel a su mandato de mantener presente el objetivo de la unidad visible en la comunidad de iglesias. Y sigue siendo un reto la forma de convocar a las iglesias a esas conversaciones transformadoras en torno a esas declaraciones.

Sin embargo, hemos hecho más que producir breves descripciones en palabras, por más que hayan sido importantes jalones. La Comisión comenzó a prepararse para la Quinta Conferencia Mundial en 1993, en Santiago, planteándose las siguientes preguntas: ‘¿Dónde estamos?, ¿Hacia dónde nos dirigimos en el movimiento ecuménico en la búsqueda de la unidad visible?’ El título de la Conferencia fue nuestra respuesta a la pregunta que nos hacíamos: ‘Hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio’^{xxviii}. Este título permitió a la Conferencia cosechar los resultados de los trabajos que había realizado sobre fe, sacramentos y, por más embrionario que fuera, sobre los vínculos de comunión (estructuras de gracia), junto con la inspiración que aportaban los nuevos estudios, al servicio de su perspectiva de unidad visible, arraigada en la divina vida trinitaria. Y el concepto de *koinonía*, no ya como modelo de unidad, sino como la esencia misma de la unidad divina y humana, la naturaleza de la Iglesia, se utilizó para insuflar nueva vida al cuadro de unidad visible. En la medida en que estemos firmemente arraigados en nuestra fe trinitaria, la comunión de la propia vida y amor de Dios, no puede haber duda alguna acerca del objetivo de la unidad visible. El mensaje de Santiago fue claro: “No podemos **dar marcha atrás** con respecto al objetivo de la unidad visible y al Movimiento Ecuménico único que vincula la preocupación por la unidad de la Iglesia con la preocupación por el compromiso con las luchas del mundo’^{xxix}.

A partir de esta concepción, la labor sobre eclesiología pasó a ser la tarea central de la Comisión después de Santiago, y se publicaron los siguientes estudios: *Naturaleza y Finalidad de la Iglesia*, que fue revisado y se publicó con el título: *Naturaleza y Misión de la Iglesia*^{xxx}. Cabe notar que uno y otro documentos tiene como subtítulo: *una etapa en el camino hacia una declaración común*, una modesta afirmación en relación con los trabajos, que nos induce a pensar, quizás, en la posibilidad de nueva declaración revisada. La última declaración ha continuado recibiendo los aportes de los trabajos sobre fe, sacramentos y ministerio, así como ahondando de forma significativa en el estudio sobre el tercer requisito para la unidad y en sus reflexiones sobre la supervisión personal, comunal y colegial, sobre la conciliaridad y, por primera vez, en una audaz reflexión sobre el ministerio de primacía. El documento incluye extraños ‘recuadros’, en los que se destacan las cuestiones pendientes que requieren conversaciones transformadoras. La Comisión consideró que esta declaración eclesiológica global, aunque no exhaustiva, podría servir de base para situar y explorar cuestiones controvertidas pendientes. La visión es amplia – la Iglesia en los designios de Dios: su orden de prioridad – Dios, el mundo, la Iglesia. La sección

sobre misión es quizás la parte más débil del documento, lo que puede estimular a Fe y Constitución a continuar su colaboración con la CMME iniciada en Hungría a comienzos del presente año^{xxxii}. Y los teólogos más jóvenes nos dijeron en Kuala Lumpur que lo que echaban en falta era una interacción de formulaciones teológicas y reflexiones éticas. Temían que esas formulaciones teológicas fueran baldías si no se integraban en las realidades de nuestras vidas^{xxxiii}. Se inició la fase de impulsar la participación de las iglesias en conversaciones acerca de la declaración pero no suscitó una energía comparable a la respuesta al BEM. ¿Se trata quizás de una consecuencia de los tiempos que vivimos, de otros programas urgentes a los que deben hacer frente las iglesias, o quizás de un debilitamiento del compromiso con la unidad visible?

Así pues, ¿qué hemos logrado? Me atrevo a responder agradecida a todos aquellos que han contribuido a nuestros trabajos a lo largo de muchos años: ‘Fe y Constitución ha logrado mucho’. Las iglesias se entienden mejor de forma efectiva unas con otras, gracias a nuestro trabajo^{xxxiii}. Algunas iglesias han renovado su forma de vida y han participado juntas en el servicio, gracias a nuestro trabajo. Hemos forjado nuevas colaboraciones, nuevas formas de comunión más estrecha, utilizando como elementos básicos nuestros trabajos sobre cuestiones que nos dividen y sobre la visión de unidad que hemos sistematizado – en América del Norte, en el África meridional, en Australia, en Europa. El panorama eclesial ha cambiado como respuesta a nuestro trabajo. Vivimos más allá de los límites que conocieron nuestros abuelos.

III ¿Hacia dónde vamos desde aquí?

Esta fue la última pregunta que John me hizo – ‘¿hacia dónde vamos desde aquí?’ No podemos abandonar nuestro mandato. Nuestra divisa debe ser: ‘continuidad en la renovación’. Tenemos que encontrar la forma de avanzar fundamentando nuestros trabajos en lo que hemos recibido, porque de otra manera se evaporará. Debemos permanecer centrados en la unidad visible de la Iglesia – una unidad en la fe, los sacramentos, el ministerio y la vida interrelacionada, en beneficio de un servicio eficaz y de una misión fidedigna. Sin embargo, nuestro moderador, el metropolitano Vasilius, nos hizo una advertencia cuando sugirió que puede ser peligroso dar demasiada importancia a lo ‘visible’. La unidad que buscamos es, según se afirmó en Santiago, una *koinonía* que está fundamentada en la propia vida de Dios y la refleja, y en ella nosotros vivimos y nos movemos y se manifiesta nuestro ser como Iglesia. Nuestra insistencia en la unidad visible no se refiere a un lema vacío de contenido para intercambiar ideas sobre todo o nada, ni una especie de unidad superficial (*kissy, kissy smiling unity*), basada en un compromiso a medias, una especie de empapelado que cubre las grietas. Si no nos encargamos de mantener viva una visión convincente, ¿quién lo haría? Tenemos que continuar basándonos en nuestra experiencia ofreciendo al Consejo como organización y a la comunidad de iglesias una visión motivadora de la unidad visible. No podemos expresar un compromiso con la unidad visible ambiguo, sin ser capaces de dar cuenta de lo que estamos haciendo y sugerencias acerca del camino a seguir. Eso significa que debemos pensar la forma de promover conversaciones transformadoras y enriquecedoras sobre el estudio *Naturaleza y Misión de la Iglesia*, y la declaración de Porto Alegre: conversaciones entre nosotros, con otras partes del Consejo, y con las iglesias que forman parte de la comunidad en sus contextos culturales muy diferentes. Las iglesias tienen que hablar a las iglesias y los contextos a los contextos. Tenemos que actuar de forma más deliberada y constante en el marco de esas conversaciones, como hicimos con las conversaciones sobre el documento BEM, y ayudar a quienes tienen pocos recursos a la hora de entablar conversaciones.

Si fuera una política, diría que hacernos oír en la próxima Asamblea es fundamental. Si fuera calculadora, diría que ahora es el momento hacer presión, cuando se están trazando los planes para la Asamblea. Podemos recordar a quienes planifican el programa, que la última Asamblea recomendó a las iglesias la Declaración de Porto Alegre invitándolas a formular sus

observaciones. Cuanto más amplia sea una Asamblea, cuanto más diversificado sea el programa y más abrumadoras las opciones de mercado para el lugar de su celebración, más necesario será escuchar claramente que el objetivo central del Consejo es la unidad visible: el objetivo que da sentido a los diversos puntos de su orden del día. El movimiento ecuménico es mucho más amplio que el Consejo Mundial de Iglesias. Sin embargo, la vocación peculiar del Consejo, que es diferente, por ejemplo, de la del Foro Cristiano Mundial, es hacer un llamamiento a las iglesias a comprometerse con el objetivo de la unidad visible.

2. **En segundo lugar**, para ser fieles a nuestro mandato, tenemos que continuar profundizando esas cuestiones neurálgicas que aún nos dividen. Tendremos que volver a visitar con expectación algunos de los lugares donde ya hemos estado: el episcopado y la apostolicidad, el reconocimiento del bautismo, y tendremos que reflexionar más a fondo sobre la relación entre lo local y lo universal, sobre lo que entraña vivir una vida de interrelaciones y cómo, a pesar de las profundas diferencias que dividen a la comunidad cristiana, podemos permanecer juntos y discernir juntos la mente de Cristo - ¿qué lugar debe ocupar el testimonio profético y qué limitaciones debe tener? La iglesia tiene que ser el lugar en el que puedan reunirse quienes tienen marcadas diferencias, al pie de la Cruz, y en el que puedan luchar con el dolor de la diferencia y por medio de ese dolor apoyados por la misericordia divina que nos sustenta a todos. Y la cuestión hermenéutica estará siempre presente. Necesitamos nuevas percepciones acerca de la forma de reflexionar sobre estas cosas a la luz de la investigación académica actual en el mundo

3. Deseamos referirnos además a una **tercera** cuestión – la recepción – la nueva palabra santa del movimiento ecuménico, como decía Gunther Gassmann. Tenemos que continuar interpelando a las iglesias para que estén dispuestas a recibir los frutos de nuestros trabajos en el marco de sus vidas y relaciones transformadas, como hicimos con el proceso BEM. Sin embargo, se manifiesta una nueva insistencia en el ecumenismo receptivo. Me he referido a ello anteriormente cuando dije que quizás hemos pasado con demasiada facilidad del método comparativo de las conversaciones al método de consenso y convergencia dejando de lado el rigor de conocernos realmente unos a otros escuchando a los otros para saber qué dones pueden ofrecernos, y explicando, al mismo tiempo, los dones que creemos que nuestra tradición puede ofrecerles a ellos. Si escuchamos atentamente a los otros podremos llegar a reconocer lo que falta en nuestras vidas y cómo podemos ser más católicos, recibiendo lo que otros han preservado en sus vidas y su misión – o sea, reconocimiento y recepción. El obispo Kallistos Ware añade que, al ofrecer los dones de nuestras tradiciones, quizás nos demos cuenta de aspectos que hemos descuidado en nuestro propios dones. Por ejemplo, otras tradiciones tienen mucho que aprender de los ortodoxos acerca de la conciliaridad, *sobornost*. Al ofrecer este don los propios ortodoxos podrán comprobar que la conciliaridad está a menudo atrofiada y se ha vuelto teórica en sus propias vidas. ‘Como comunidades cristianas nos necesitamos unas a otras para ser nosotros mismos’^{xxxiv}. Este es el mensaje de ‘ecumenismo receptivo’. Fe y Constitución necesita reflexionar acerca de este nuevo impulso ecuménico y lo que nos dice sobre el método comparativo de las conversaciones. Puede que lleguemos a la conclusión de que volver a utilizarlo de vez en cuando puede enriquecer nuestro entendimiento tanto de la unidad como de la rica diversidad de dones que entraña la unidad.

Reflexiones finales

Así pues, no olviden el mandato de Fe y Constitución, y continúen cumpliéndolo junto con los tesoros que han heredado y la renovación que la respectiva experiencia contextual y eclesial puede ofrecer. Ustedes que forman parte de la Comisión tienen que ser tanto ‘la conciencia como el siervo’ de la comunidad de iglesias que constituye el Consejo Mundial de Iglesias. Ustedes, así como cualquier nueva Comisión de Fe y Constitución, tienen preguntas que hacerse a sí mismos. ¿Sigue creyendo Fe y Constitución en el llamamiento a la unidad – la unidad visible? ¿Sigue

creyendo que su tarea es mantener presente ese llamamiento en la comunidad de iglesias? Y si es así ¿están ustedes dispuestos a dedicar energías para examinar, con el rigor académico y la imaginación creadora que los caracteriza, esas cuestiones que dividen y a tratar de formular juntos en nombre de la comunidad de iglesias una visión de esa unidad que Dios quiere darnos y que desea que vivamos en el mundo y por el mundo de Dios? De lo que no hay duda alguna es de que el mundo con todo su quebrantamiento y violencia, así como la creación con toda su belleza y devastación necesitan signos de reconciliación entre quienes se han odiado y matado unos a otros, y han caminado solos. Necesitan que digamos – ‘Te necesito’ , así como necesitan ejemplos de vida reconciliada. Una iglesia dividida oculta a la humanidad sus propias posibilidades, su propio destino. La cuestión de la unidad no es una opción que podamos tomar o no, sino un imperativo del Evangelio. Utilicemos los vientos de Creta para que nos impulsen en la buena dirección. Hagamos que nuestra brújula indique el rumbo hacia otra Conferencia Mundial o quizás hacia el centenario de la Primera Conferencia Mundial celebrada en Lausana, en 1927.

Mary Tanner, julio de 2009

ⁱ Santiago Prayer en *On the Way to Fuller Koinonia, Santiago de Compostela 1993*, ed. Thomas F. Best y Gunther Gassmann, Documento de Fe y Constitución N° 166, WCC Publications, Ginebra, pág. xii.

ⁱⁱ *Minutes of the Standing Commission 1984, Creta*, Documento de Fe y Constitución N° 121, CMI, Ginebra, 1984, pág. 73ss.

ⁱⁱⁱ *Faith and Order, Proceedings of the World Conference, Lausanne, August 3-21, 1927*, ed. H.N.Bates, SCM, Londres, 1927, pág. 460 ss.

^{iv} *Fe y Constitución: sus desafíos: Kuala Lumpur 2004, Asamblea de la Comisión Plenaria*, eds. Pablo Andiónach y Jorge Scampini, Isedet, Buenos Aires, 2006.

^v *Hacia una koinonía más plena, Mensaje de la Conferencia Mundial, Documentación de la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución*, Diálogo Ecuménico, Tomo XXVIII, 1993, N° 92, Universidad Pontificia –Salamanca, España, págs. 389-393; *Fe y Constitución: sus desafíos: Kuala Lumpur 2004, Asamblea de la Comisión Plenaria*, Pablo Andiónach et al., eds, WCC Publications, Ginebra, 2006.

^{vi} *Faith and Order, Proceedings of the World Conference, Lausanne, August 3-21, 1927*, ed. H.N.Bates, SCM, Londres, 1927.

^{vii} *The Fourth World Conference on Faith and Order, The Report from Montreal, 1963*, eds. P.C.Rodger y L.Vischer, documento de Fe y Constitución n° 42, SCM Press, pág. 50 y ss.

^{viii} *Receptive Ecumenism and the Call to Catholic Learning: Exploring a Way for Contemporary Ecumenism*, ed. Paul D. Murray, OUP, 2008.

^{ix} La tríada apareció primeramente en la reunión plenaria de Bangalore como ‘Consenso sobre la fe apostólica; reconocimiento mutuo del bautismo, la eucaristía y el ministerio; y estructuras que hacen posible la enseñanza y la toma de decisiones en común’. *Sharing One Hope: Commission on Faith and Order, Bangalore, 1978*, documento de Fe y Constitución n° 92, CMI, Ginebra, pág. 243.

^x *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*, Ediciones de la Facultad de Teología de Barcelona, 1983.

^{xi} *Churches Respond to BEM: Official Responses to the ‘Baptism, Eucharist and Ministry Texts’*, volúmenes. I-VI ed. Max Thurian, documentos de Fe y Constitución núms. 129,132,135,137,143,144, CMI, Ginebra, 1986-1988 y *Baptism, Eucharist and Ministry 1982-1990: Report on the Process and Responses*, documento de Fe y Constitución n° 149, WCC Publications, Ginebra, 1990.

^{xii} *Faith and Order Proceedings of the World Conference, Lausanne, August 3-21, 1927*, ed. H.N.Bates, Sección IV, párrafo 28.

^{xiii} *Confesar la fe común*, Diálogo Ecuménico No 93, 1994, págs. 9-142.

^{xiv} *How does the Church Teach Authoritatively Today?*, documento de Fe y Constitución n° 91, en *Ecumenical Review*, Vol.31, 1971, Ginebra, pág. 77 y ss.

^{xv} Informe del Moderador, *Minutes of the Standing Commission, 1994, Crét Berard*, documento de Fe y Constitución n° 167, CMI, Ginebra, pág. 7 y ss.

^{xvi} *Breaking Down the Walls: Statements and Actions on Racism, 1948-85*, ed. A.van der Bent, Ginebra, 1986.

^{xvii} *The Community of Women and Men in the Church, The Sheffield Report*, ed. C.Parvey, CMI, Ginebra, 1983.

^{xviii} *Ecclesiology and Ethics*, ed. T.Best y M.Robra, CMI, Ginebra, 1997

^{xix}. Documento BEM, párr. 20.

^{xx} *Iglesia y Mundo: La unidad de la Iglesia y la renovación de la comunidad humana*, Santafé de Bogotá, CODECAL, 1993, Documento de Fe y Constitución N° 151.

-
- ^{xxi} Michel Kinnamon, secretario general del CNI de los Estados Unidos de América, discurso inaugural de la semana de sensibilización de las Naciones Unidas, 17 de noviembre de 2008.
- ^{xxii} Véanse los informes de los foros bilaterales 1 a 10. Es verdad que lo que se temía no ocurrió. No hubo competencia entre las conversaciones bilaterales y multilaterales. Han aprendido unos de otros y el documento BEM ha proporcionado una sólida referencia para muchas conversaciones. Sin embargo, podremos obtener mucho más si se efectúa una evaluación más rigurosa así como de las enseñanzas unos de otros. Se trata del papel específico de Fe y Constitución, el de siervo del movimiento de Fe y Constitución más amplio.
- ^{xxiii} Suggestions for a Plan of Study on Ecclesiology, John of Pergamon, in *Faith and Order 1985-1989, The Commission Meeting at Budapest 1989*, documento de Fe y Constitución n° 148, ed. Thomas F. Best, CMI, Ginebra, 1989.
- ^{xxiv} Oliver Tomkins, *ibid.* pág. 21
- ^{xxv} Creemos que la unidad, que es tanto la voluntad de Dios como don a su Iglesia, se hace visible a medida que todos en cada lugar, que están bautizados en Jesucristo, y lo confiesan como Señor y Salvador, son llevados por el Espíritu Santo a formar una comunidad plenamente comprometida, que profesa la única fe apostólica, predica el único Evangelio, rompe el único pan, se une en una oración en común y tiene una vida colectiva que llega con su testimonio y servicio a todos, y que, al mismo tiempo, están unidos con toda la comunidad cristiana en todos los lugares y en todas las épocas, de forma tan idónea que los miembros y los ministerios son aceptados por todos, y que todos pueden actuar y hablar juntos según sea necesario para las tareas a las que Dios llama a su pueblo. *New Delhi Speaks*, SCM, 1962, pág. 55.
- ^{xxvi} *Señales del espíritu*, Informe Oficial de la Séptima Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, editado por Hugo O. Ortega, ediciones La Aurora, Buenos Aires, 1991, págs. 172-174.
- ^{xxvii} *God, in your grace...* Official Report of the Ninth Assembly of the World Council of Churches, ed. Luis N. Rivera-Pagan, WCC Publications, Ginebra, 2007, págs. 255 a 261.
- ^{xxviii} *Documentación de la Quinta Conferencia de Fe y Constitución, Santiago de Compostela, 1993*, Diálogo Ecueménico, Tomo XXVIII, 1993, Num. 92, Universidad Pontificia –Salamanca, España, págs. 387-434.
- ^{xxix} *Ibid.*, pág. 390.
- ^{xxx} *Naturaleza y Finalidad de la Iglesia: Una etapa en el camino hacia una declaración común*, Documento de Fe y Constitución N° 181, WCC Publications, Ginebra, 1998. *Naturaleza y Misión de la Iglesia: Una etapa en el camino hacia una declaración común*, Instituto Universitario ISEDET, Buenos Aires, 2007.
- ^{xxxi} Reunión conjunta en Berekfurdo, Hungría. Fue un comienzo lleno de promesas de colaboración y de inspiración mutua.
- ^{xxxii} *Fe y Constitución: sus desafíos: Kuala Lumpur 2004, Asamblea de la Comisión Plenaria*, Pablo Andiñach et al., eds, WCC Publications, Ginebra, 2006.
- ^{xxxiii} *BEM at 25: Critical insights into a continuing legacy*, ed. Thomas F. Best and Tamara Grzeldze, Documento de Fe y Constitución N° 205, WCC Publications, Ginebra, 2007.
- ^{xxxiv} *Kallistos Ware, Metropolitano de Diokleia*, Receptive Ecumenism: An Orthodox Perspective, en *The Society for Ecumenical Studies*, marzo de 2009, págs. 20-23.